

CONTRACUERPO

NARRATIVA

Wilfredo Machado

Toda la noche en la vigilia, la mujer estuvo escuchando el ruido pausado y monótono de una gotera cayendo desde un aguamanil desfondado en algún lugar del patio, bajo las estrellas. Entreabrió los párpados y sintió un vacío indefinido en la escolladura de los huesos, como caer en un agujero sin fondo. La sensación duró sólo un segundo. A su lado el gato orinaba sobre la cama, ronroneaba y se escabullía entre los pies que desaparecían en la oscuridad, sólo los ojos verdes quedaron retratados por un momento en la sombra, mientras la humedad penetraba ahora las sábanas y se hacía desagradable, casi fría la mujer respiró profundamente y lo maldijo. Luego restregó sus manos contra las manchas rosadas de la piel bajo las sábanas descoloridas y un vago olor a flores muertas flotó en el aire tibio de la habitación.

Bajo el filo de luz vio el perfil triste dibujado a medias sobre el hueco de la almohada, el tiesto de flores deshojándose encima del polvo del linóleo, la lluvia afuera resbalando por las calles como un pelele de feria; tal vez la muerte presentida de ese mundo, de esa burbuja fofa que reventaba allá afuera, tan cerca y tan lejos de la habitación.

Ahora lo veía mejor, era un hombre y no un gato el que dormitaba a su lado con la boca abierta y los dientes un tanto separados. Tiene manos de mujer - pensó ella, al sentir el contacto de los dedos fríos entre sus piernas, pero el hombre seguía dormido hablando entre sueños cosas disparatadas, hasta que dio un giro sobre la cama y se quedó quieto, como si estuviera muerto. El gato arqueó el lomo frente al espejo y en la luz difusa despedía chispas azules; había que adivinar los saltos entre los muebles, la caída de un florero o de un candelabro arrastrados a su paso, el ronroneo detrás de los biombos japoneses pintados de dragones, la cola como una serpiente de felpa rozando la piel, el salto a la ventana para luego perderse bajo las luces de neón de los avisos luminosos en las azoteas, en silencio, como una sombra.

Es martes- dijo el hombre abriendo los ojos. Recorrió de una mirada la habitación -el quiebre de luz sobre el costado de una pared agrietada llena de alacranes- y sintió que algo se había roto esa noche mientras dormía. Era como regresar de un viaje, o mejor de la muerte. Recordó

como en un sueño otras mujeres desgredadas bajando por una escalera polvorienta. ¿Soñaba ahora?. Había un bombillo rojizo flotando en el centro y unas mesas grises despatarradas llenas de sobras de comida; las flores se ahogaban en el humo de los cigarrillos (aunque tal vez fueran flores de plástico. N.E.), una pareja pasó acariciándose rumbo a las habitaciones superiores riendo a carcajadas. Algunas veces alguien sacaba un revolver y apuntaba con una lentitud exasperante a las tetas de las mujeres que sonreían con la borrachera, y alguna hasta llegó a mostrarla para que hiciéran blanco, pero nunca pasaba nada, sólo una vez; Dulce creo que se llamaba. Era casi una niña. No hubo tiempo de nada; el estampido nos dejó sordos por un momento, luego la muchacha cayó bañada en sangre sobre la mesa arrastrando las copas hasta el piso. Asistí a su entierro, yo, tres personas más, y un gato negro que rondaba el féretro. Pero era sólo eso, un vulgar juego, que casi siempre terminaba con un disparo a la imagen del hombre en el espejo, una farsa de suicidio.

El gato rodó por la cornisa con un murciélago ensangrentado en la boca. A ratos lo soltaba para atraparlo nuevamente dándole tímidos zarpasos, olisqueaba entre sus alas, saltaba a un lado y regresaba cuando éste comenzaba a levantar el vuelo. El juego no duró mucho. El gato se cansó. Mordió la cabeza del murciélago hasta hacerla crujir y se marchó sintiendo detrás los aletazos que comenzaban a hacerse débiles, casi imperceptibles.

Era absurdo escuchar una gotera en el patio mientras afuera llovía; pero "lo absurdo siempre le había dado un sentido a su vida". Existía una pausa, un intervalo de tiempo en que todas las cosas parecían muertas: el polvo de las flores, la cretona de las cortinas, el hombre desnudo bajo las sábanas; el silencio casi podía morderse, pero ella apretaba los dientes aguantando las ganas de gritar. Pensó que estaba volviéndose loca y eso la tranquilizó. Desde la ventana podía mirarse a la calle: el enjambre de edificios grises diseminados por la ciudad, las luces de ultramar escamoteadas en la neblina, el paso de los autos sobre el fango de las calles. Luego la ventana se empañó y ya no se vio nada. Comenzó a sentir la gotera ajena al ruido de la calle, la humedad fría y acuosa pudriendo la madera del parquet. Por un momento pensó que era su corazón y no una gotera lo que escuchaba. Fue cerrando los ojos hundiéndose en el sueño como en una arena movediza: ahora la gotera era un metrónomo que marcaba regularmente el compás del sueño; a su lado el gato tenía los ojos clavados en la oscuridad del artesonado por donde caminaban en secreto las arañas; la cola danzaba secretamente como una cobra.

Hacía calor esa noche a pesar de la lluvia y la humedad que envolvían los yuyos y los árboles de la calle. El chasquido del agua contra el pavimento arrastraba las hojas que se desparramaban con ruidos de arañazos sobre la tela metálica de la ventana. El gato entró en la alcoba con el cuerpo esponjado de agua; se revolcó sobre un tiesto

de ropa sucia y desde allí contempló los cuerpos inmóviles: el hombre elevaba burbujas de saliva en el sueño que flotaban hasta reventarse con un sonido sordo. Subió al tocador en un desorden de cremas, cosméticos y pomos faciales, pasó al lado de un espejo donde miró la fotografía amarillenta de una actriz japonesa sobre un recamier. De allí saltó a la cama. A ratos lamía la espalda de la mujer que dormitaba, ésta estiró una mano llena de anillos y acarició la cabeza del animal que se estremeció al contacto de los dedos. Desde la cama encendió las velas de la girándula que se escamotearon entre los filos de sombra que proyectaba la mano sobre la superficie rugosa de una pared. Encendió también un cigarrillo y le dio una larga pitada: la pequeña brasa iluminó los labios que sonreían despacio, casi sin querer. El humo se mezcló al olor de la cera derretida. Luego se levantó, y en silencio, contempló su desnudez frente al espejo. Afuera el viento despegababa los listones claveteados del techo y se colaba retorciendo las llamas que parpadeaban como un ojo en mitad de la noche, después, se consumían en un amasijo de esperma goteando sobre el piso. A la luz de las velas comenzó a pintarse y a llorar y el carmesí de los labios se corría, el rímel se desleía sobre los ojos; todo lo que quedó fue una máscara grotesca hasta que se apagó la última vela soplada por el viento.

-Hubiera querido otra noche para morir, otra ciudad, otra muerte diferente a ésta. Una calle asperjada de niebla donde la hiedra escalara los muros hasta las ventanas y las flores no se murieran de frío, donde el musgo retoñara en cada primavera. Hubiera querido una ciudad atravesada por un río de vidrio, un catafalco lleno de flores, tal vez una bola de cristal para mirarnos el futuro- dijo. Pero uno no escoge su muerte, ni la ciudad, ni la niebla. Uno sólo debe esperar que Dios le mande lo suyo y rogar por la salvación eterna- fue lo último que pensó mientras acariciaba al gato. El espejo estuvo allí desde el principio como repitiendo su historia. La mano del hombre la buscaba en la sombra.

La mujer se asoma a la ventana. Afuera ha dejado de llover, el aguamanil aún gotea sobre las baldosas del patio rodeado de arecas, la luna dibuja sombras de caballos sobre la arena húmeda, las calles continúan desiertas como siempre a esta hora; una mariposa ha atravesado la calzada cayendo en un charco de agua, agita las alas azules llenando de ondas el agua; las alas se descolaran y tiñen el charco. Hay una muerte lenta en el amanecer. La vida de un hombre puede ser la vida de una mariposa, efímera, fugaz. Dar un golpe en el aire con las alas y sentir debajo el vacío, el vértigo de la caída cada vez más hondo como un pájaro hundiéndose en el agua.

Recuerda todo frente al espejo: el óvalo lleno de meandros de donde surge su rostro. El movimiento del hombre hacia la almohada, el ruido de la tela descosiendo el silencio mientras los billetes resbalan hasta el piso, los ojos del gato despidiendo chispas, la desesperación, la lluvia

afuera humedeciendo las hojas, los avisos luminosos, una mariposa atravesando la calle, las uñas del gato en la espalda o la lengua, el rostro húmedo, una máscara grotesca frente al espejo, la carcajada del hombre, del gato, de la mariposa, las velas encendidas como en un entierro, apagadas, muertas, el juego de luces sobre los rostros, la lluvia. Hubiera querido otra noche para morir, otra ciudad, otra muerte, un golpe seco, las tijeras, los alacranes saliendo de la grieta de la pared; otro golpe, sentir debajo el vacío, el vérgo de la caída (del hombre, del gato, de la mariposa) cada vez más hondo como un pájaro hundiéndose en un sueño parecido a la muerte. Antes de desplomarse ver a la mujer callada frente a la puerta con las tijeras colgando de una mano, los ojos perdidos en un hilo de sangre que mancha una pared.

El gato ronronea, tensa el lomo como un arco.

-Recuerdas a Dulce?- dice la mujer.

El gato se lame los bigotes y camina sobre el cuerpo que yace en el piso.

Ella se aproxima al espejo. Levanta las manos y golpea la superficie lisa y fría que devuelve su rostro. El espejo cae rompiendo en pedazos la habitación. La mujer se fragmenta, se disgrega en un lento detritus. Uno no escoge su propia muerte dijo; mientras el techo se derrumbaba y las puertas caían en un desvencijamiento de aldabas vencidas sobre el polvo. No la escoge. La pared de mampostería se cuarteó viniéndose abajo en un desmoronamiento de piedras y argamasa, convirtiendo todo en un montón de escombros que la mujer no sintió porque ya estaba muerta desde hacía algún tiempo. Sólo los espejos y los gatos sobreviven a las catástrofes.

La luna se cuela entre los escombros de la habitación y alumbra la cama -hierros retorcidos y quemados- donde una araña teje en silencio. Dentro de las grietas del piso brillan los alacranes. La luna ahora remueve la sombra de los cuerpos en el espejo roto. El gato ha cerrado los ojos y ahora sueña que una mariposa atraviesa la calle y que Dulce le acaricia el lomo como en otro tiempo. Afuera, más allá de la noche, las grandes hojas brillan su piel en torno al viento.
